

La pregunta por el sentido de la vida: Edward Schillebeeckx y Viktor Frankl en diálogo: aportes de la hermenéutica de la correlación

The question of the meaning of life: Edward Schillebeeckx and Viktor Frankl in dialogue: contributions from the hermeneutics of correlation

Camilo Alfonso López Saavedra **

Carlos Andrés Pinto López ‡

Andrés Mauricio Quevedo §



Fecha de recepción: 12 de febrero de 2025

Fecha de aprobación: 7 de marzo de 2025

Citar como: López Saavedra, C. A., Pinto López, C. A., & Quevedo, A. M. (2025). La pregunta por el sentido de la vida: Edward Schillebeeckx y Viktor Frankl en diálogo: aportes de la hermenéutica de la correlación. *Revista Albertus Magnus*, 16(2), 36-48. <https://doi.org/10.15332/25005413.11322>

Resumen

La pretensión de este artículo es poner en operación la hermenéutica correlacional de Edward Schillebeeckx en su doble movimiento: preguntas humanas-respuestas desde la revelación, como plataforma del abordaje interdisciplinar del problema humano de la búsqueda de sentido. En este caso dos autores: un psiquiatra vienés Viktor Frankl y un teólogo Belga Edward Schillebeeckx conversarán y aportarán al esclarecimiento de una cuestión que hoy día afecta a muchos: el sentido de la vida. Una experiencia en un campo de concentración y la interpretación teológica y contextual del Evangelio contribuirán desde sus núcleos hermenéuticos a responder al porqué de la existencia. Al final, ambos autores confluirán en el amor como el horizonte abierto de plenitud hacia el que todos los seres humanos estamos llamados a transitar.

Palabras clave:

sentido de vida, correlación, vacío existencial, voluntad de sentido, suprasentido, Jesucristo, amor.

* Artículo de reflexión

**Pontificia Universidad Javeriana. Correo: clopez.s@javeriana.edu.co. ORCID: 0000-0002-2273-887X.

‡Pontificia Universidad Javeriana. Correo: pintol-ca@javeriana.edu.co. ORCID: 0000-0003-3571-7258.

§Universidad Santo Tomás. Correo: andresquevedor@usta.edu.co. ORCID: 0000-0002-7915-6491.

Abstract

The aim of this article is to put into operation the correlational hermeneutics of Edward Schillebeeckx in its double movement: human questions-answers from revelation. As a platform for the interdisciplinary approach to the human problem of the search for meaning. In this case two authors: a Viennese psychiatrist Viktor Frankl and a Belgian theologian Edward Schillebeeckx will discuss and contribute to the clarification of a question that affects many people today. An experience in a concentration camp and the theological and contextual interpretation of the Gospel will contribute from their hermeneutic cores to answer the why of existence. In the end, both authors will converge in love as the open horizon of fullness towards which all human beings are called to journey.

Keywords:

meaning of life, correlation, existential emptiness, will to meaning, suprasense, Jesus Christ, love.

*La pregunta por el sentido
está vinculada a la pregunta por la verdad,
pero no coincide con ella;
la primera precede a la segunda.
(Schillebeeckx, 1973, p. 127)*

*Para que no se aflijan como esos otros que no tienen esperanza.
(1 Tes 4, 13)*

Introducción

Actualmente, una pregunta se formula una y otra vez con incisiva recurrencia: ¿tiene sentido la vida? Al explorar la cristología de Edward Schillebeeckx en su libro *Jesús historia de un viviente* (2010), de grandes aportaciones a la antropología teológica postconciliar, se evidencian perspectivas esclarecedoras en cuanto a este interrogante existencial. De igual manera, cuando se explora el libro de Viktor Frankl *El hombre en búsqueda de sentido* (2015), se remarcen cuestiones y perspectivas filosóficas que también responden a esta cuestión. Por eso, al poner en diálogo las preguntas humanas de Frankl y las respuestas desde la cristología de Schillebeeckx a través de la hermenéutica de la correlación, se da un encuentro de notables contribuciones a la respuesta sobre el sentido de la existencia.

El teólogo dominico Edward Schillebeeckx precisamente ha propuesto la hermenéutica de la correlación como un método teológico que asocia lo humano y lo divino, la teología y el contexto, las preguntas humanas y las respuestas religiosas. Un ejercicio interdisciplinar para una aproximación crítica a la realidad, cercano a la apuesta antropológica y teológica del Concilio Vaticano II: “El misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del misterio del Verbo encarnado” (GS, 1965, n. 22).

Viktor Frankl, de otro lado, entrevió en el panorama desolador de los campos de concentración alemanes un inesperado horizonte de vida. Es esclarecedora la manera en la que propone, a partir de su experiencia, un camino de búsqueda del sentido, en escenarios y acontecimientos donde es casi imposible encontrarlo. Para Frankl, hallar un porqué posibilita cualquier cómo, no importan las circunstancias adversas que se presenten en el trasegar de la vida: “no hay nada en el mundo que sea tan capaz de consolar a una persona de las fatigas internas o las dificultades externas como el tener conocimiento de un deber específico, de un sentido muy concreto, no en el conjunto de su vida, sino aquí y ahora, en la situación concreta que se encuentra” (Frankl, 2021, p. 25).

En efecto, este artículo busca aportar desde el pensamiento teológico a la resolución de las cuestiones existenciales actuales, porque, a mayor conocimiento de lo que es el ser humano a la luz de la revelación, como del sentido de su existencia en relación con el otro y con el mundo, es posible construir un mundo mejor:

Esta vocación a lo *humanum* es también el lugar del hablar cristiano sobre Dios, del Evangelio, ya que la Buena Noticia es una respuesta a ese llamado a lo auténticamente humano. El método de correlación brinda un contexto experiencial donde el hablar cristiano sobre Dios se presenta sensato para el mundo y comprensible en su recepción. (Dumas, 2007, p. 74)

Se espera, pues, que este diálogo entre la psiquiatría de Viktor Frankl (preguntas humanas) y la teología de Edward Schillebeeckx (respuestas desde la revelación) sume al tratamiento de la cuestión: ¿tiene sentido la vida?, sobre todo, en estos tiempos actuales en los que la muerte de tantos seres queridos ocurre. Tiempos de guerras, cambio climático, incertidumbres y miedos. La hermenéutica de la correlación propicie esta conversación interdisciplinar tan indispensable hoy día entre psiquiatras y teólogos.

El método correlacional como mediación entre Frankl y Schillebeeckx

En la academia actual el diálogo entre disciplinas se hace insoslayable, porque ninguna especialización del saber puede responder por sí sola a los complejos problemas del mundo. Es un momento histórico de camino a ser un tiempo de síntesis en el cual el cruce de diferentes saberes amplíe el espectro hermenéutico y praxeológico. En este caso puntual, uno de los grandes desafíos que afrontamos como seres humanos es la creciente pérdida de sentido. Paradójicamente, los progresos tecnológicos que en teoría deberían comunicar y acercar más a los seres humanos entre sí, en la práctica los está alejando, aislando, con afectaciones bastante peligrosas para la salud mental.

Viktor Frankl vivió por mucho tiempo en un campo de concentración, sin duda, un lugar donde ocurrieron los peores actos que un ser humano pueda cometer, pero también un sitio donde, contra toda posibilidad, emergió de una manera insospechada el sentido de la vida. Si bien el mundo actual no es un campo de concentración nazi, sí cabe señalar que lejos estamos de habernos librado de los horrores de la guerra. Justo ahora Rusia y Ucrania viven un infierno, al que se ha sumado la confrontación palestino-israelí. Por otro lado, a nivel global, la indiferencia es el arma que más agobia y termina cobrándose vidas de personas de todas las edades y condición social, pues tanto la ansiedad como la depresión son el resultado de nuestra desconexión interna y social. Los muchos suicidios solo expresan la urgente necesidad de una salida determinante a este sufrimiento.

El hombre en búsqueda de sentido es precisamente un libro de un psiquiatra que pretende tratar con las cuestiones más hondas de quienes han perdido el anhelo de existir.

De otro lado, la teología de Edward Schillebeeckx despliega un desarrollo amplio, profundo y serio sobre cómo la revelación de Dios en Jesucristo ilumina las inquietudes más auténticamente humanas. La correlación consiste en que una pregunta humana por el sufrimiento encuentra una respuesta en la revelación. Frankl desde la psiquiatría explicita los interrogantes humanos fundamentales que Schillebeeckx, en este artículo, pretende responder desde el núcleo del evangelio. Para el teólogo belga, la correlación se establece, en otras palabras, entre lo histórico y la vida interior, pues la fe es tan humanamente interior como históricamente exterior, el sentido de la vida estaría en el encuentro de estas dos dimensiones que en ningún caso existen separadas ni escindidas:

La fe es la respuesta del hombre al Dios vivo que se manifiesta... Toda actividad humana está marcada por una orientación hacia afuera y por un aspecto espiritual interior, una llamada interior que inspira y anima nuestras acciones en el mundo. Aunque exija la gracia, la fe es sin embargo, una acción realmente humana, caracterizada por la forma de nuestro ser humano. Por eso la fe supone, por una parte una orientación hacia afuera, hacia el mundo de los hombres y de las cosas, en el que, en determinado momento se apareció Cristo y por otra parte, un aspecto de interioridad, una vuelta sobre nosotros mismos, en la que vivimos, aunque sigamos orientados hacia lo exterior, una llamada interior, espiritual, cargada de gracia, una invitación divina que nos inspira para que aceptemos personalmente en la fe lo que viene precisamente a nuestro encuentro en la revelación pública. En la gracia de la fe, Dios nos concede una especie de parentesco espiritual con la realidad de la que salimos al encuentro por nuestra presencia en el seno de la historia de la salvación. (Schillebeeckx, 1969, p. 166)

De este modo, la psiquiatría pregunta por el sentido y el evangelio abre sus horizontes de plenitud para tratar de responder a ella. Son dos perspectivas con puntos de partida distintos, uno en el ser humano y otro en Dios, pero que confluyen en la pregunta y en los caminos hacia los que señalan como posibilidad de liberación¹. Quede claro, entonces, que lo humano y lo divino no se contraponen. Así, pues, en cada apartado de este artículo se cruzarán las voces de Frankl y Schillebeeckx como si de una conversación se tratara. Entretejiendo una respuesta amplificada, de interioridad humana y apertura divina, en contravía a ese sinsentido absurdo que interfiere en un momento u otro de la existencia.

Los vacíos existenciales, el sentido de la vida, el amor, la trascendencia y el suprasentido hacen parte del abordaje interdisciplinar del presente texto, con ello se constata que teología no es ajena a las dimensiones humanas en su más radical expresión y que lo auténticamente humano manifiesta lo divino: “El misterio del ser humano solo se esclarece en el misterio del verbo encarnado” (GS, 1965, n. 22).

El vacío existencial

Es muy conocida la biografía de Viktor Frankl y su cautiverio en un campo de concentración; la perturbadora descripción se detalla en cada página de su libro *El hombre en busca de sentido* (2021). Es un texto que devela sin escrúpulos que el ser humano es aquel que en situaciones de crisis puede sacar lo mejor o lo peor de sí, es aquel capaz de desplegar su capacidad de alteridad más allá de límites conocidos o, en proporciones contrarias, propagar su egoísmo hasta el exterminio del otro.

Al perderlo todo, los seres humanos ya sin un futuro definido, ni nada por lo que luchar, simplemente se rinden. En el campo de concentración esto fue evidente en quienes dejaron de trabajar para ser castigados, en quienes no se alimentaron hasta fallecer, en quienes vieron a la muerte como una solución definitiva al dolor. Todas ellas, personas despojadas de vivienda, trabajo, familias, una vida digna y forzados a realizar trabajos en condiciones denigrantes bajo una alimentación y climas intratables. Una situación que no iba cambiar a corto plazo, a menos que con debilitamiento, castigo o desnutrición se acelerara la muerte. De ahí que los sobrevivientes necesariamente no fueron los físicamente más fuertes, sino aquellos que lograron en medio del cautiverio hacerle frente al vacío existencial.

En los campos de concentración este vacío era el episodio más lamentable. El hecho de no tener un nombre sino solo un número de identificación echaba a perder cualquier motivo para sobrevivir. Esa disposición interior se reflejaba en el rostro: la alegría y el asombro desaparecían por completo de la mirada. Claudicar convertía los cuerpos en cadáveres que deambulaban y se encargaban de los trabajos forzados.

Frankl cree que estas situaciones dadas en el cautiverio físico son reales hoy en una sociedad que, aunque no es una prisión, convierte los avances de la ciencia, la industria y la tecnología, en cárceles de las que es casi imposible escapar. Entornos perjudiciales que una y otra vez amplían el vacío, y en lugar de liberar y procurar espacios de cercanía, esclavizan:

El vacío existencial se manifiesta sobre todo en un estado de tedio. Entendemos hoy mejor a Schopenhauer cuando decía que la humanidad está condenada a oscilar eternamente entre la tensión y el aburrimiento. De hecho, el hastío genera hoy más problemas que la tensión y, desde luego, envía a más personas a la consulta del psiquiatra. En las últimas décadas estos problemas se han agudizado debido a la progresiva automatización que ha incrementado el tiempo de ocio de los trabajadores. Lo penoso de esto es que quizá muchos no saben qué hacer con tanto tiempo libre. (Frankl, 2021, p. 135)

¹“Deseamos conocernos, sin duda, pero no somos totalmente transparentes a nosotros mismos. Acaso haya que comenzar por ahí para comprenderse bien. El hombre es ese ser en perpetua búsqueda de su humanidad y del secreto que ella encubre. Cuestión que no tiene nada de académica. Es existencial: cercana a las cuestiones de nuestro destino, pues presentimos que el hecho de inclinarnos sobre el brocal de nuestro propio pozo acaso nos conduzca al sentido de nuestra vida. Que no tenga que decir un día: ¿He pasado de largo?” (Geshé, 2010, p. 17).

Esta carencia de sentido en la sociedad actual no tiene precedentes; no obstante, también vive un despertar espiritual no visto antes. La carencia de algo, inmediatamente despierta su necesidad. En este caso, el tedio ante lo evidente abre a la pregunta por lo que es elemental y necesario, solo que este mundo de la inmediatez no lo proporciona. La superficialidad no es una vía posible, entonces es inexorable transitar con libertad otro camino más amplio ².

La búsqueda se tiene que encaminar hacia otras coordenadas. Pero no es fácil, el modo de pensar tiene que ser distinto, toda una metamorfosis ³, solo así los hallazgos serán diferentes. Esto aplica en gran medida para la teología porque en un mundo sedente de plenitud, el teólogo es llamado a ser testigo de la riqueza del mensaje del evangelio, para que esclarezca desde este las cuestiones vitales más acuciantes. Pero requiere un nuevo lenguaje, expresiones, resignificación litúrgica, de lo contrario, difícilmente la teología será reconocida como interlocutora válida tanto en el diálogo interdisciplinar como social. Seguirá respondiendo con respuestas del pasado a preguntas del presente, lo cual es extremadamente inoportuno.

En este sentido, es necesario traer la voz de Yves Congar porque, además de hacer una radiografía del mundo contemporáneo, remarca la necesaria incidencia de la teología en la solución de los problemas que lo aquejan:

Nuestro tiempo es, a la vez, una época de incredulidad y una época de teología... Semejante teología de la relación religiosa, vista ésta, a la vez, como interioridad personal y como historia de la salvación para el mundo, parece estar en consonancia con los recursos que le ofrece la razón moderna, al menos con una mitad de la razón del hombre moderno, lo que podríamos llamar su ratio superior o su parte de sabiduría; pues tiende a operarse una división entre, de una parte, una actividad experimental y, de otra parte, una interpretación del significado de las cosas, de su relación al hombre y de la relación del hombre mismo a su destino. Por tanto, la teología tratará de renovar su inteligencia del misterio cristiano partiendo de la experiencia existencial del hombre, o incluso de una reflexión antropológica trascendental lo que implican las afirmaciones de la fe al nivel de su referencia al hombre, de su sentido para el hombre. (Congar, 1970, p. 350)

La teología tiene mucho por decir frente al vacío existencial, el evangelio puede responder, de eso no debe haber duda. Como en el tiempo de Jesús se vivían tiempos difíciles, una inestabilidad social que atizaba en el pueblo de Israel el anhelo de la pronta venida del Mesías (es lo que se ha dado en conocer como apocalíptica, es decir, los tiempos favorables y definitivos son precedidos por agudas crisis), los momentos de incertidumbre y desesperanzas que actualmente latén con más inusual fuerza, son síntoma no de un final definitivo, sino de un cambio de paradigma.

Al respecto, Edward Schillebeeckx afirma:

Las situaciones sociopolíticas de debilitamiento económico y, sobre todo, de decadencia cultural y espiritual y de pérdida de identidad son siempre períodos en los que surgen movimientos radicales de tipo

²Sobre esto hace ya algunos años señalaba Jung: “El ser humano no debe limitarse a satisfacer sus necesidades materiales, pues tiene —dijo— un destino que le sobrepasa y crea un sentido. Lo razonable es que nos dirijamos al ser humano interior y a sus exigencias vitales” (Antier, 2013, p. 316). Una de las vías amplias y serias, si se propusiera desde la perspectiva secular, sería esta que recuerda el astrofísico y experto en religiones Juan Arnau: “Física y contemplación se dan la mano después de un divorcio de más de trescientos años. Nace una nueva era que todavía no ha sido asimilada. Hay, en toda esa epifanía, un testigo que no ha pasado inadvertido a los historiadores de la ciencia: Goethe y sus poemas de amor perdido a Marianne von Willemer, que descansan en la mesilla de noche del joven físico. El libro está inspirado en el poeta sufí Hafiz, amante del vino, enemigo del legalismo y célebre por haberse aprendido el Corán siendo un muchacho. De todos los poemas, Heisenberg memoriza ‘Reencuentro’. De la soledad surge el conocimiento, del conocimiento el arte y del arte lo eterno” (Arnau, 2023, p.74).

³Se recurre a Kafka, su libro relata bien el utilitarismo de su época. Aunque el protagonista Gregor Samsa toma la forma de un insecto que resulta molesta para la familia, podría interpretarse como una escena que revela el modo en que vivían: su único interés era el económico. Escritura que no es lejana del modo como vivimos y pensamos hoy. Somos valiosos para el sistema hasta que cesa nuestra utilidad. Por eso, la metamorfosis que requerimos es en la consciencia, trascender las comprensiones antropológicas reductiblemente materialistas. Ver Kafka (2023, p. 67).

mesiánico, movimientos que sueñan con la inminente llegada de un mundo radicalmente nuevo, porque el mundo viejo se ha hecho insoportable. Nace entonces un ardiente deseo: está cerca la vida liberada y redimida. En semejantes situaciones de crisis florece la fantasía, surgen imágenes utópicas de un mundo totalmente nuevo: imágenes de un mundo de paz, justicia, felicidad y amor. Tales movimientos suelen cristalizar en la figura de un mediador que aparece como salvador y del que se espera que mejore las cosas. (2010, p. 113)

La psiquiatría y la teología en este caso han puesto su mirada en una situación humana real: el desinterés por vivir, pero al mismo tiempo identifican que este no es un estado terminal —bueno, eso lo decide la persona—, sino un paso en el que la carencia revela la capacidad de experimentar mayor realidad. Las crisis anteceden y propician nuestros estados de madurez si se comprenden con hondura, y así lo que en apariencia ocasiona daños irreparables en realidad está ahí para liberar de falsas ilusiones y fatuidades.

Quizá estas palabras del poeta francés Christian Bobin, en un bello libro escrito sobre la conversión de Francisco de Asís, visibilicen lo que significa vivir en tiempos difíciles y cómo la existencia renovada posibilita, si las crisis son abordadas desde su raíz, una genuina transformación:

No se ve qué camino lleva hacia el fin. La enfermedad es la ausencia de camino, la incertidumbre de vías. No estamos delante de una pregunta, estamos en su interior. Somos la pregunta. Una vida nueva, eso es lo que queríamos, pero la voluntad forma parte de la antigua vida, no tiene ninguna fuerza ahora. Somos como niños que tienen una canica en la mano izquierda y no se desprenden de ella hasta asegurarse de que a cambio tienen una moneda en la mano derecha: queríamos tener una vida nueva pero sin perder la antigua vida. No conocemos el momento del tránsito, la hora de la mano vacía. Lo que nos enferma es la proximidad de una salud superior a la salud ordinaria e incompatible con ella. Francisco ahora busca la abundancia que ningún dinero sabe dar. Adivina instintivamente que la verdad está mucho más en lo bajo que en lo alto, más en lo vacío que en lo lleno. ¿Y qué es la verdad? La verdad no es nada exterior a nosotros. La verdad no está en el conocimiento sino en el gozo que nos proporciona. (Bobin, 2017, pp. 56 y 69)

En concordancia con esto, el tedio no tiene por qué ser un estadio permanente en el camino, más bien, es un paso transitorio en el que la consciencia de la fragilidad encamina de la estrechez de una mirada limitada al amplio horizonte que se apertura una vez se toman decisiones divergentes. El paso de la carencia a la plenitud es gracias al acontecimiento propiciador de la crisis que descoloca, para después de la perplejidad hacer espacio al asombro de todas las cosas en su rebosante novedad. Ahí está el sentido de ser.

El sentido de la vida

La búsqueda de la verdad no es hoy una prioridad, la primera inquietud crucial es sobre el sentido de la vida. Quien encuentra sentido a su vida tiene más claro el camino a través del cual transita hacia la búsqueda de la verdad y, muy por el contrario, quien no lo encuentra ni siquiera se preocupa por ella, simplemente le es indiferente. Una persona sin sentido de vida opta por excesos que destruyen, se deja morir de a poco entre placer superficial y dolor insoportable, precipitando la caída en el abismo vacío que es su propia existencia.

El océano de la vida es el mismo para todos, lo que cambia es la actitud frente a él, si nos sumergimos o simplemente nadamos en su superficie. Unos deciden mirar la vida en la belleza de lo cotidiano, y otros la observan con la angustia de los seres arrojados al mundo cuyo fin es morir. Lo cierto es que si se quiere vivir con una disposición diferente a la materialista convencional, es indispensable no medir la plenitud de vida por lo que se posee o se tiene, pues existen personas con enormes capacidades financieras que lo tienen todo y pobres que no tienen ni siquiera para suplir las necesidades mínimas vitales. Dentro de las primeras, hay quienes no encuentran un por qué ni un para qué existir, y en cuanto a las segundas, algunas viven de la ambición, dispuestas a hacer cualquier cosa para tener y luego presumir riquezas. Ambos, tanto ricos como pobres escapan de la cruel e insulsa realidad con la ayuda de drogas, apuestas, alcohol

y trabajo excesivo. Una huida continua de la soledad en la medida que esta revela la inutilidad de las apariencias, las cuales no hacen sino recrudecer el sentimiento de inferioridad superficial. En consecuencia, intentar suplir con excesos una carencia interior que reclama, más bien, autoconocimiento y mayor consciencia de realidad, acrecienta el sinsentido, pues las posesiones materiales y el poder son de breves momentos, que una vez pasan dejan al descubierto un vacío mayor.

No obstante, existen personas que viven en la pobreza y aún así se alegran con lo sencillo: después de sus largas jornadas de trabajo, con poco alimento en sus platos, todavía tienen tiempo y consciencia para contemplar el atardecer, felices de compartir la mesa y el horizonte con quienes aman. También están quienes, aún en la abundancia, saben ser generosos y ponen el corazón en lo esencial, como aquellos que, en la pobreza, eligen lo fácil y son capaces de lo peor con tal de saciar sus ambiciones.

La disposición interior, el autoconocimiento, es el umbral de acceso al sentido pleno de la existencia⁴. La acumulación de posesiones exteriores de ninguna manera puede ser una vía hacia la madurez, en cambio, sí, la dejación, el despojo. Eso fue lo que constató Viktor Frankl en el campo de concentración, un lugar en el que no teniendo nada, el vaciamiento incesante dio lugar a la acogida. Por eso, con nítida escucha se dejó cautivar por el encantador canto de un ave que provenía de un árbol vecino a su celda, y a través de los barrotes de su ventana asistió a los más bellos amaneceres y atardeceres en los que el amor de su esposa, trascendiendo el tiempo y el espacio, se le reveló con inusitada intensidad y cercanía. Vivió, en palabras del místico indocatalán Raimon Panikkar, la tempiternidad (2007, p. 258).

La apertura al sentido de la vida de Schillebeeckx ocurre en su estudio personal, al escribir sobre un Dios que al encarnarse se hace dador de vida, pues muestra que precisamente cuando las crisis parecen más crudas lo que en realidad acontece es la efectuación de una bendición mayor: las heridas se vuelven umbrales de sentido.

El punto de partida de toda reflexión es el hombre Jesús en el sentido humano de la palabra: una persona humana. Me propongo a rastrear lo peculiar del hombre Jesús, algo que quizá pueda llegar a lo insondable. Quiero buscar posibles signos en la imagen de Jesús que nos ofrece la crítica histórica, signos capaces de orientar la búsqueda humana de la salvación hacia la respuesta cristiana, que habla de una peculiar acción salvífica de Dios en Jesús. (2010, p. 28)

El mal no vence porque es a través de él, y en su fondo, donde el bien emerge silencioso, no sometido sino prevaleciendo a pesar de la oposición. Por eso, el sentido de la vida se descubre con una consciencia más plena, en los momentos más angustiantes. Del árbol de la cruz ha brotado la vida. El mal hiere, pero en lugar de cerrar, apertura al bien un camino:

Jesús es una parábola viva de Dios en la solicitud por el hombre y su historia de dolor, por los publicanos y pecadores, por los pobres, tullidos y ciegos, los desheredados y los poseídos, así es como cuida Dios de los hombres. La misericordia es el sentido más profundo que Dios quiere realizar en la historia; Dios quiere la vida del hombre, su salvación, no su muerte y su miseria. La alegría y no aflicción, es el sentido más profundo que Dios quiere para el hombre. Lo cual significa que Dios no quiere ningún sufrimiento. Jesús está lejos de imputar a Dios el sufrimiento y el mal. El ser de Dios está contra el mal, quiere sólo el bien. (Schillebeeckx, 2010, pp. 145 y 161)

Dicho esto, cabe añadir, las palabras de Nietzsche citada por Frankl: “Cuando se responde al por qué de la existencia se supera cualquier cómo” (2021, p. 105). Para el psiquiatra vienés, lo fundamental de la existencia es la comprensión de lo que somos desde lo más íntimo, en un proceso intransferible, pues es algo que solo puede provenir desde dentro. La logoterapia (logos = sentido; terapia = tratamiento o búsqueda) se enfoca en hacer reflexionar al paciente sobre sus

⁴Estas palabras dan un poco de mayor profundidad a lo dicho en este apartado: “Al hallar el hombre ese centro, es decir, la transcendencia, entonces todo lo que vive adquiere un destello particular y una singular irradiación emana de él. Poco importa lo que quiera que haga o con quien se relacione ya que, por lo que a él respecta, todo deviene transparencia” (Dürckheim, 2012, p. 216).

objetivos, el sentido de la existencia, sobre aquellas cosas que son más importantes en su vida, para que desde allí viva y proyecte su futuro sin importar la adversidad de su entorno vital. Las cadenas se rompen desde dentro, si no hay consciencia de libertad, alguien en algún momento tiene que hacérselo saber:

Las palabras de Nietzsche “quien tiene un porqué para vivir puede soportar cualquier cómo” podrían ser la motivación de todos los esfuerzos psicosociológicos y psicoterapéuticos de los prisioneros. Siempre que se presentaba la oportunidad, era preciso infundir un porqué, un objetivo a su vida, con el fin de fortalecerlos para soportar el terrible cómo de su existencia. Pobre del que no percibiera ya ningún sentido en su vida, ninguna meta, ninguna intencionalidad y, por tanto, ninguna finalidad para seguir viviendo: ese estaba perdido. La respuesta típica de ese hombre, frente a cualquier intención de animarlo era: “Ya no espero nada de la vida”. (Frankl, 2021, p. 105)

Entonces, la pregunta por el sentido es ya el vislumbre de una respuesta incipiente. El sufrimiento experimentado por muchos judíos en el campo de concentración fue para algunos una abertura hacia la luz de la claridad existencial y lamentablemente para otros fue el más oscuro infierno, de ahí que Frankl llegase a afirmar que el sufrimiento es opcional mientras el dolor es inevitable. La reacción humana es lo que le hace al sufrimiento mayor o menor, que este sea terminal o transformativo. Por esta razón, Edward Schillebeeckx muestra el sufrimiento de Cristo libremente acogido y transformado como un camino plenificante que desde lo más humano da acceso a la vida divina.

La esencia de la existencia

Si cuestionarse por el sentido de la vida es ya adentrarse en una vía que lleva a la respuesta, el primer hallazgo en ese caminar es que la pérdida de sentido ocurre por atención exhaustiva a lo superficial. Volver la mirada a lo que realmente es esencial es redescubrirlo. Quien vive desde ahí transforma cualquier dolor o contrariedad en alivio. No es más que acoger y abrazar para hacer retornar a las vivencias y a las cosas a su naturaleza original de bondad e inocencia. Vivir en plenitud es hacerlo con intensidad desde el fondo primordial que funda nuestro ser y todas las cosas, así la relación con el mundo cambia y las situaciones que carecen de claridad se esclarecen al ser contempladas desde lo elemental.

Lo elemental es amar, solo el amor responde al qué de la existencia. El amor es lo esencial. Sobre esto escribió Hans Urs von Balthasar lúcidamente en el último acto de su *Teodramática*:

Las noches siempre tránsito. Mediante el sufrimiento somos reconducidos de continuo al amor. Los sufrimientos nos mantienen ágiles para el amor. En el amor se lleva el sufrimiento con gozo, aunque el sentimiento de alegría permanece velado. Y en el Señor conocemos que el sufrimiento pertenece de forma profunda al amor. El amor que Dios nos tiene en su Hijo es tan grande que abarca no sólo las alegrías, sino también los sufrimientos del amor. Entendidos y aceptados como expresión del amor, ellos nos devuelven a Dios y multiplican el gozo. Llevan a la proximidad al Hijo doliente. Pero en la gravedad del sufrimiento se conoce al Hijo desde una profundidad totalmente nueva. Dios mismo ha formado esa profundidad, y ella es insondable. Y se contempla el cielo desde el mundo y se considera su beatitud... Entonces se intuye por qué para la felicidad celestial es también necesario el sufrimiento humano en su capacidad de transformación. En su muerte él es vida. (Von Balthasar, 1997, p. 253)

La mejor definición de amor, aunque el amor no se pueda definir, es cuidar del otro como cuido de mí. Viktor Frankl relata que en los campos de concentración los compañeros de un mismo lager se protegían entre sí, compartían los pocos alimentos cuando alguno de ellos estaba muy enfermo y cambiaban los números de las listas cuando sabían que uno de ellos sería seleccionado y moriría gaseado. Si muchos al arribar al campo de exterminio experimentaron indiferencia egoísta ante el dolor, ahora daban un paso importante hacia la plenitud del sentido en la alteridad.

Eso sí, procedían con cautela, pues de ser descubiertos serían ejecutados. El cuidado recíproco en el lager se ejercía con mucha precaución pero siempre procurando el mayor bien para los demás y para sí mismos. Fue en esta disposición que alcanzaron la única y sola meta de sobrevivir. Ahora, sabían que podrían existir en plenitud, extendiendo la mano

a quienes el dolor les resultaba insoportable. Este nuevo modo de vida, es decir, desde el núcleo de lo que somos como seres humanos, les dio una vida plena en el infierno de Auschwitz.

Schillebeeckx mostrará la realización del Reino en la entrega, en el servicio, en la ofrenda y oblatividad diafanizados en el costado abierto de Cristo, desde el que sangre y agua (símbolos de abundante vida) fluyen hacia toda la creación. La cruz es la expresión sublime del cuidado que despliega el buen Dios a todos sin excepción, incluso a los enemigos; mientras ellos retienen abusivamente el poder, Cristo lo entregó todo al vaciarse en un movimiento kenótico que elevó a la creación entera a un alto estado de gracia. Cuando se esperaba un castigo contundente y destructor, Dios demostró poder en el perdón y contundencia en un amor ilimitado.

El sentido del amor

Una de las experiencias más dolorosas es sin duda la muerte. Cuando el ser humano con los años crece y camina entre la adolescencia y la juventud, fortalece la creencia de la perpetuidad, piensa: esto o aquello va a durar para siempre. Pero un claro indicio de la impermanencia de todas las cosas aparece con la muerte de abuelos, tíos, padres y amigos. La pregunta de si vale la pena o no vivir cuando la muerte afecta a todos sin exclusión de edad ni posición social comienza a aparecer en el día a día con más intensidad.

Es casi imposible imaginar el dolor profundo de Viktor Frankl cuando vio por última vez a sus padres, y más doloroso aún cuando su esposa fue llevada a un campo de concentración distinto al suyo. Sin ningún tipo de comunicación, era incierta su supervivencia. Ese episodio debió destrozarlo y, sin embargo, de las ruinas existenciales de ese momento desastroso se edificó un sentido no vivido antes. Y como a una situación extrema le adviene un sentido profundo, al psiquiatra vienes las privaciones le abrieron a una dimensión de percepción donde la presencia de su esposa se hizo más cercana.

Las cosas suceden, sean adversas o favorables, es responsabilidad nuestra acogerlas o negarlas, eso sí, teniendo en cuenta que la negación duele porque aísla, en cambio, la acogida sana, porque integra. Schillebeeckx indica que la salvación se da justamente en medio de experiencias contrastantes:

Nadie podría llamar experiencia de salvación a una experiencia netamente positiva si no contara con una experiencia contrastante de vivencias negativas. De acuerdo con una ley universal, también entre nosotros los occidentales, ha surgido una utopía a partir de nuestra propia historia de miserias. Tal experiencia concreta ha tomado cuerpo en diversos movimientos de emancipación y liberación, que intentan rescatar a la humanidad de sus alienaciones sociales, así como en diversas técnicas científicas que quieren liberar al hombre de la pérdida de identidad. (2010, p. 19)

En medio de la tensión dolorosa de lo incierto, tiene lugar una bellísima y fascinante experiencia de encuentro: la de un psiquiatra en una prisión nazi sin contacto alguno con su esposa, más que el percibido con ardor amoroso y frescura gozosa en la dimensión de la vida interior:

Pronto reanudamos el trabajo en la zanja, allí donde lo habíamos dejado el día anterior. El suelo helado crujía con los golpes de las piquetas y saltaban chispas. Los hombres permanecían silenciosos, con el cerebro entumecido. Mi mente se aferraba aún a la imagen de mi mujer. De pronto me asaltó una inquietud: no sabía siquiera si seguía viva. Pero estaba convencido de algo: el amor trasciende la persona física del ser amado y halla su sentido más profundo en el ser espiritual, el yo íntimo. Que esté o no presente esa persona, que siga viva o no, en cierto modo carece de importancia. Ignoraba si mi mujer vivía y no tenía medios para averiguarlo (a lo largo del cautiverio no tuvimos contacto postal con el exterior), pero en aquel momento esa cuestión había dejado de inquietarme. No sentía necesidad de comprobarlo; nada afectaba a la fuerza de mi amor, a mis pensamientos y a la imagen de mi amada. Si entonces hubiera sabido que mi mujer estaba muerta, creo que insensible a la noticia, habría seguido

contemplando su imagen y hablando con ella con igual viveza y satisfacción. “Ponme de sello sobre tu corazón... pues fuerte es el amor como la muerte” (Cantar de los cantares 8,6). (Frankl, 2021, p. 70)

Sin duda, un bellissimo relato, que se enlaza de manera notoria con la cristología de Schillebeeckx, quien considera a Jesucristo como un viviente en la historia. Su muerte le vincula con nuestros sufrimientos y vicisitudes, y su resurrección nos proporciona vida sobreabundante de sentido, en cuanto su pascua revela que la muerte no tiene la palabra definitiva, sino que solo es un rito de paso a mayor vida. En este sentido, es que Wolfhart Pannenberg alude al amor que identifica con Cristo como vía definitiva de unificación:

Cuando interiormente nos hayamos hecho conscientes de esa fundamentación en Dios de la unidad de lo real... El enfoque de la realidad bajo el aspecto de la su unidad despertará la energía creadora para superar su anárquica desconexión. Esa perspectiva volverá a resucitar la fuerza de un amor que reúne todo lo plural en un armonioso conjunto. Claro que si nos atrevemos a prometernos tanto, es porque creemos en una clase de unificación que tiene lugar bajo el signo de la presencia del Dios de la Biblia. La unidad de todas las cosas descansa sobre el Dios que anuncia Cristo que es todo amor, por el que busca siempre formar comunidad trasponiendo todas las limitaciones y todo sufrimiento. Solo por la fuerza de ese amor que habita en todos los hombres, serán estos capaces de aceptar, cada uno en la parte que le haya correspondido, la responsabilidad que todos tienen de trabajar por la unificación de la compleja realidad. (1976, p. 171)

De este modo, hay que morir a lo superficial para permitir emerger lo esencial. Morir a lo que no somos para resucitar a lo que sí somos. Jesucristo es el camino, pues sus pasos van en dirección hacia la plenitud de la renuncia libre y la confianza infinita. Es la verdad, porque no le poseemos sino que somos sus buscadores insaciables. Jamás lo podremos agotar porque no es una idea precisa, sino un misterio inefable. Y por esto último es la Vida, porque al encarnar el misterio divino, nos hace partícipes de una vida que no termina, de su resurrección, de su ser intratrinitario.

El suprasentido

La psiquiatría no acude a una religión institucional para abordar la trascendencia o el suprasentido. Más bien, es enfática al afirmar que las personas al afianzarse en lo que Frankl llama *voluntad de sentido*, existen más allá de sí mismas en una disposición hacia lo otro, hacia el *alter*. Están en la capacidad de experimentar aquello que trasciende la espaciotemporalidad. A Frankl el amor por su esposa le hizo sentir su cercanía, aunque después le notificaran, hace mucho había muerto en una cámara de gas. El suprasentido nos hace ser en unas dimensiones en las que habitualmente no existimos conscientemente:

He llamado “autotrascendencia de la existencia” a esta característica esencial del hombre. Ser hombre implica dirigirse hacia algo o alguien distinto de uno mismo, bien sea para realizar un valor, bien para alcanzar un sentido o para encontrar a otro ser humano. Cuanto más se olvida uno de sí mismo al entregarse a una causa o a la persona amada, más humano se vuelve y más perfecciona sus capacidades. Por el contrario, cuanto más se empeña el hombre en conseguir la autorrealización, más se le escapa, pues la verdadera autorrealización es el efecto profundo del cumplimiento del sentido de la vida. En otras palabras, la autorrealización no se logra como un fin, sino que es el legítimo fruto de la trascendencia. Este sentido último excede, lógicamente, la capacidad intelectual del hombre; en logoterapia se denomina suprasentido. Al hombre no se le exige, como predicen los filósofos existencialistas, que soporte lo absurdo de la vida, sino que asuma racionalmente su capacidad para captar la sensatez incondicional de la vida. El logos es más profundo que la lógica. (Frankl, 2021, pp. 143 y 145)

Ese suprasentido y modo de comprender la trascendencia es análogo a lo que la teología expresa con la encarnación, pues Jesucristo sintetizó la ley en el amor a sí mismo y al hermano, indicó un camino de sencillez como manifestación de esa sabiduría que lejos está de los sistemas de medición del éxito por la capacidad adquisitiva. Jesucristo fue el maestro de la comunión, su invitación es a caminar juntos como hermanos construyendo un mundo mejor, que en palabras

propias del saber teológico sería la instauración del reino de los cielos en la historia, donde lo que se anhela se realiza porque la acción humana lo jalona.

El don del mundo, y sobre todo el del prójimo, adquiere una significación más profunda en la resignificación de la gracia. Entonces es cuando comprendemos que el mundo que Dios pone en nuestras manos para que le demos un sentido se nos ha confiado en concreto por el Dios de la Salvación... Así, de mil maneras misteriosas, el ofrecimiento de la salvación penetra, desde dentro y desde fuera, en la conciencia humana... Esto significa que concretamente el prójimo humano es la forma sacramental primera y fundamental de la gracia, y que las relaciones interhumanas poseen, en este mundo, un significado sacramental: son el ofrecimiento del don divino de la salvación bajo una forma histórica. Para precisar el contenido de esta sacramentalidad, tenemos que examinar a continuación la sacramentalidad de ese prójimo humano que es Jesucristo. (Schillebeeckx, 1969, p. 227)

Pero una teología en ocasiones anquilosada en añoranzas medievales ha hecho más bien una opción por mostrar a un Dios de absoluta trascendencia, que ante el sufrimiento humano nada tiene que decir, más que intentar dar explicaciones metafísicas extrañas e incomprensibles o, a veces hasta absurdas, tales como el *Deus ex machina* y el Dios impasible, ambas perspectivas preocupadas del dolor de los inocentes.

Este relato del teólogo alemán Jürgen Moltmann desde el interior de un campo de concentración nos ayuda a comprender mejor las perspectivas teológicas que estamos invitados a desarrollar si queremos dar una respuesta a las búsquedas de sentido de tantos hombres y mujeres hoy:

Elie Wiesel, superviviente de Aushwitz, ofrece en su libro **La noche** una expresión conmovedora para la *theologia crucis* basada en la teología rabínica de la autohumillación de Dios en su muerte: Las SS ahorcaron a dos hombres y a un joven judíos ante todos los internos del campo. Los dos hombres murieron enseguida, mientras que la agonía del joven se prolongó media hora. ¿Dónde está Dios, dónde está?, preguntó uno detrás de mí. Pasado un buen rato, el joven seguía sufriendo, colgado del nudo, y oí otra vez al hombre: ¿Dónde está Dios ahora? Y dentro de mí, escuché la respuesta: Está allí, colgado en el patíbulo. Cualquier otra respuesta sería blasfemia. Tampoco desde la fe cristiana podrá darse otra contestación a la pregunta de este suplicio. Hablar aquí de un Dios impasible lo convertiría en un demonio. Hablar aquí de un Dios absoluto lo convertiría en una nada destructora. Hablar aquí de un Dios indiferente condenaría a los hombres a la indiferencia. (Moltmann, 2010, p. 317)

El caso de Frank en un campo de concentración, reclama una palabra sobre Dios que no le aleje de los seres humanos sino que le acerque a sus padeceres (Moltmann, 2004). Necesita, por tanto, la teología resignificar su lenguaje hasta el punto de permitirle afirmar que Dios sufre con los que sufren, que está ahí comprendiendo su dolor, proporcionándoles horizontes de sentido aún en las realidades más crudas de las tensiones históricas.

Porque solo un Dios que camina y está con su pueblo lo libera de las cadenas que le oprimen, solo un Dios que se ha encarnado y hecho uno de nosotros muestra con palabras comprensibles y cargadas de significado, la realidad divina relacional de la que provenimos y hacia la que estamos en continuo tránsito⁵. Edward Schillebeckx muestra a Jesucristo como la historia de un viviente predicando la vida plena en el principio, en el centro y en el culmen de la creación. La

⁵Sobre el aspecto relacional de la revelación y del sentido de la vida del ser humano que solo halla en la experiencia de la alteridad, es interesante leer la perspectiva del teólogo griego Ioannis Zizioulas: “Si la noción de *hypóstasis*, en el sentido de ‘persona’, apunta hacia aquello que hace que un ser sea él mismo, nos hallamos ante una verdadera revolución frente a la ontología griega, y especialmente aristotélica. Porque la identificación de la *hypóstasis* con lo personal y no con la ousía supone que la cuestión ontológica no halla respuesta apuntando a una ‘auto-existencia’, a un ser determinado por sus propios límites, sino a un ser que en su *ékstasis* rebasa dichos límites en un movimiento de comunión. Por ello puede hacerse una afirmación ontológica decisiva: aquello que es, es aquello que sólo puede ser en sí, que posee su propia *hypóstasis*. Ahora bien, en tanto la *hypóstasis* se identifica con lo personal y no con lo sustancial, no es en su ‘auto-existencia’ sino mediante la comunión como dicho ser en sí y, por tanto, en absoluto. Así pues, la comunión no amenaza la particularidad personal; es constitutiva de ésta (Zizioulas, 2009, p. 269).

muerte y el odio no tienen la última palabra, sino el amor: “el amor no es simplemente un mandamiento moral, sino la experiencia fundamental de Dios mismo en medio de nuestra existencia humana; en el amor nos encontramos con el rostro de Dios” (Schillebeeckx, 1969, 45). Ese amor en el que confluyen Frankl y el teólogo belga, al comprenderlo como suprasentido y plenitud.

Conclusiones

Como colofón, sea esta quizá la cita más estremecedora de Viktor Frankl y al mismo tiempo la que sintetiza mejor su aproximación a lo humano y su búsqueda de sentido en un campo de concentración: “Nuestra generación es muy realista, pues, después de todo, hemos llegado a conocer al hombre en estado puro. El hombre, ese ser capaz de inventar las cámaras de gas de Auschwitz, pero también es el ser que ha entrado en esas mismas cámaras con la cabeza erguida y el Padrenuestro o el Shemá Israel en los labios”. Una sentencia que merece ser conocida, en cuanto demuestra aquello del odio racial de unos despierta la bondadosa alteridad en otros, y la muerte cruel ejecutada por unos descubre la vida hecha ofrenda en otros.

Frankl concluye que la maldad tiene su contraparte en el bien y deja claro que los más fuertes no son los que someten y empujan a la fuerza a hombres y mujeres a cámaras de gas, sino los que entran a ellas con una oración en sus labios, donando la vida, despojándose hasta abrazar la totalidad. Los primeros acabaron no teniendo nada, mientras los segundos contemplaron en la entrega el sentido de sus vidas. Y eso lo es todo.

Tanto Schillebeeckx como Frankl comprenden, el primero desde el evangelio y el segundo desde su experiencia como psiquiatra, que el verdadero sentido de la vida está en amar. La existencia a través de diferentes vivencias permite madurar en la docilidad, en la comprensión fecunda de los hechos ocurridos para efectuar con la mirada una transfiguración de lo real. En un principio inmaduro de la vida permanecemos centrados en nosotros mismos, luego vienen las crisis para descentrarnos y hacernos conscientes de la importancia de los demás. En tal punto se puede tomar la decisión de continuar anclados en la autorreferencialidad, o por el contrario, dar un lugar al otro en el sagrado espacio del encuentro. Un paso que implica dejar atrás con dolor mucho de lo que se creía importante.

Entonces es allí cuando cumple un papel fundamental la resiliencia, la capacidad de superar adversidades. Al derrumbarse todo alrededor, se va propiciando un crecimiento interior insospechado, el cual permite reconstruir y dar lugar a un inicio vital más consciente, maduro, abierto y dócil. Lo que se supone que debía dañar regenera. Tanto el psiquiatra como el teólogo consideran que la vida se transforma a través de las contrastaciones: a un acontecimiento límite le sucede un cambio significativo y renovador, tal como al invierno le sigue la primavera o a la noche el día.

A Viktor Frankl vivir de cerca el holocausto lo cambió por completo; allí se gestó su intuición de logoterapia para ayudar a encontrar a sus pacientes el suprasentido mediante la voluntad de sentido, el amor lo transfiguró iluminando el camino de muchos hasta hoy, y su relato sigue siendo impactante y performativo para sus lectores. A Schillebeeckx los tiempos difíciles de la teología del siglo XX y las notificaciones de errores doctrinales (Borgman, 2003, 291), por parte de la Santa Sede le hicieron interpelar el quehacer teológico y la actitud intraeclesial para nada a la altura de los tiempos modernos. Aportó al Concilio Vaticano II en su tránsito de apertura al mundo para dialogar con él en lugar de anatematizarlo. Amó a su Iglesia, su vocación teológica y en ello encontró el sentido de su vida. Fue un teólogo feliz (Schillebeeckx, 1994).

Referencias

Antier, J. J. (2013). *Jung o la experiencia de lo sagrado*. Kairós.

Arnau, J. (2023). *Materia que respira luz*. Galaxia Gutenberg.

- Bobin, C. (2017). *El bajísimo*. Ediciones Gallo de Oro.
- Borgman, E. (2003). *Edward Schillebeeckx: A theologian in his history*. Continuum.
- Congar, Y. (1970). *La fe y la teología*. Herder.
- Dürckheim, K. G. (2012). *El maestro interior. El maestro, el discípulo, el camino*. Mensajero.
- Frankl, V. (2021). *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- Geshé, A. (2010). *El hombre*. Sígueme.
- Kafka, F. (2023). *La metamorfosis*. Panamericana.
- Moltmann, J. (2004). *La venida de Dios. Escatología cristiana*. Sígueme.
- Moltmann, J. (2010). *El Dios crucificado*. Sígueme.
- Panikkar, R. (2007). *De la mística. Experiencia plena de la vida*. Herder.
- Pannenberg, W. (1976). *El hombre como problema. Hacia una antropología teológica*. Herder.
- Schillebeeckx, E. (1969a). *Cristo sacramento del encuentro con Dios*. Cristiandad.
- Schillebeeckx, E. (1969b). *Dios y el hombre. Ensayos teológicos*. Sígueme.
- Schillebeeckx, E. (1969c). *Revelación y teología I*. Sígueme.
- Schillebeeckx, E. (1973). *Interpretación de la fe. Aportaciones a una teología hermenéutica y crítica*. Sígueme.
- Schillebeeckx, E. (1994). *Soy un teólogo feliz*. Sociedad de Educación Atenas.
- Schillebeeckx, E. (2010). *Jesús la historia de un viviente*. Trotta.
- Von Balthasar, H. U. (1997). *Teodramática. 5. El último acto*. Encuentro.
- Zizioulas, I. (2009). *Comunión y alteridad. Personas e Iglesia*. Sígueme.